

determinadas regiones andaluzas, tiene con verdad la faena del *desperfollo*, á que alegremente se entrega la gente de la huerta en las noches tranquilas del verano, en que sentados á la oriental usanza en torno del montón dorado que forman las *panochas* del *panizo*, inmediatos á la barraca, alumbrados por el fulgor de las estrellas ó la claridad misteriosa y poética de la luna,—hombres y mujeres, ya de la misma parentela, ya unidas las familias por los vínculos de la amistad, buscan aquel laborioso pretexto para gozar de la frescura de la noche, para regocijarse y para hablar los novios, siendo efectivamente de ver la algazara que se arma entre los *desperfoladores*, á cada *panocha* encarnada que sale de los apretados y ya secos cendales, con cuya ocasión y autorizados por la singularidad de la *panocha*, se abrazan *coram populo* los novios, que han tenido buen cuidado de colocarse juntos, ó abrazan los mozos á las zagalas, aun cuando no tengan nada *que ver* con ellas. Buscando aquello que más escabroso y picante sea, degenerando comunmente en chistes de color sobradamente pronunciado, que harían sonrojar á cualquiera mujer en otro caso, pero que son tolerados en éste por la circunstancia de ser quien los dice el que hace el papel del *bobo*, aunque usados también con idénticos caracteres en los pueblos de Andalucía (1), los *juegos* con que en las noches de Pascua se solazan los habitantes de la huerta de Murcia, no son sino reminiscencias un tanto adulteradas, de aquellas *farsas*, aquellas *églogas* y aquellas representaciones que tan eficazmente contribuyeron á la formación de nuestro teatro nacional, cuando comenzaba á desprenderse de la tutela de la iglesia, á cuyo servicio con la representación de los *misterios* había nacido.

Su tiempo natural es el de la Pascua que sigue á la Cuaresma; pero á pesar de ello, suelen festejar los huertanos á los

(1) Véase al propósito cuanto indica el Sr. Lafuente y Alcántara (D. E.) en el *Discurso preliminar* con que encabeza la *Colección escogida de seguidillas y coplas* que, con el título de *Cancionero Popular*, dió á luz en 1865 (pág. XLIX y siguientes).

personajes de la ciudad que les merecen alguna consideración, ó á sus amos cuando van por accidente á sus haciendas del campo, con estas funciones rudimentariamente teatrales, y que producen gran placer y regocijo siempre entre la gente moza. La fiesta da principio, invariablemente, por los acordes de la orquesta, compuesta de guitarras de *siete órdenes*, bandurrias y cantadores, á cuyas notas dos ó más parejas, como indispensable precedente, salen al medio de la sala á bailar entre el repique de *las postizas* ó castañuelas que tocan todas las mujeres, haciendo los cambios, las mudanzas y las pantomimas todas del fandango y de las malagueñas, con cuya diversión se distraen y extasían sin acordarse para nada del trabajo, y en medio de la cual les sorprende el *director de escena*, personaje que aparece de repente en su propio traje y empuñando como símbolo de autoridad y á manera de bengala ó de cetro, la escoba que sirve para los menesteres domésticos, pronunciando la sacramental frase de: *Y va de juego: lo que no se haga ahora, se hará luego*. Como en el teatro primitivo, este personaje, á cuya presencia cesa el baile, dirigiéndose al público, que desde su aparición permanece extático y silencioso á fin de no perder palabra,—expone el argumento del *juego*, el cual da desde luego principio en forma dialogada, figurando en él, como personaje siempre el más principal y saliente, *el bobo*, que es aquel á cuyo cargo está el decir y hacer todo cuanto sazona la representación, salpimentándola de frases y ocurrencias graciosas unas veces, y las más indecorosas é inaguantables, sobre todo, cuando la jarra del vino ha circulado entre los actores, y el alcohol, más ó menos alemán, se ha subido á la *caeza*, desatando las lenguas, ahuyentando la vergüenza y dando motivo y ocasión á los ademanes más obscenos, á las palabras malsonantes y á todo lo soez que matiza en la actualidad tales festejos, cuya significación sin embargo no puede ser por nadie desconocida (1).

(1) Por la relación que hace el Sr. Lafuente y Alcántara en su *Cancionero Po-*

Da término la función con el baile, á que son por extremo aficionados los murcianos (1), y suele ocurrir con gran frecuencia que el remate no sea del agrado de todos los espectadores, á quienes convierte en actores cualquier suceso, tal como los celos del que mira la novia demasiado tiempo complacida en los requiebros de otro mozo, ó cualquier otra causa análoga, caso

pular citado, y en el cual se refiere á los pueblos de Andalucía, estos juegos escénicos en sus tendencias, en sus accidentes y en sus fines son totalmente idénticos á los de Murcia. Por punto general son juegos ya aprendidos; pero no faltan casos en que puestos de acuerdo los mozos sólo en el plan general y el desenlace, inventen é improvisen los diálogos y las ocurrencias. El malogrado colector y académico de la Historia describe pintorescamente el aspecto de la sala ó de la cocina donde los juegos suelen celebrarse, y menciona entre las representaciones de esta índole que la gente del pueblo considera «más inofensivas y aceptables» la del embozado, cuyo chiste consiste en presentarse el actor desnudo por completo pero cuidadosamente envuelto hasta los ojos en luenga capa, y desembozarse en el momento oportuno, huyendo precipitadamente después de haberse dado en espectáculo (pág. LI); el *juego del galápago*, de igual intensidad, y el *del licenciado* que es representado por una vasija de retrete, de enormes dimensiones, á la cual dirige multitud de preguntas, haciendo mil exclamaciones el gañán que hace de madre. «Y aquí,—dice el Sr. Lafuente,—es fuerza que los que antes se tapaban los ojos, se tapen ahora los oídos, si no han de escuchar las alusiones y equívocos más diáfanos que pueden imaginarse.» «Cuando quieren obsequiar al dueño de la finca ó á otras personas para ellos respetables, con una de estas representaciones,—añade,—cuesta gran trabajo persuadirles á que sean de un género tolerable, y después de prometerlo así, suelen presentar como más sencillos algunos de la especie referida» (págs. LII y LIII). No de otro modo ocurre en Murcia: nosotros presenciámos en Santomera, por excitación nuestra y bondadosa amabilidad de nuestro pariente y amigo el médico D. Francisco Jiménez Pérez de Tudela, algunos de estos *juegos*, para los cuales se encargó á los actores que procurasen escoger los más inocentes y decorosos; y aunque al principio así lo hicieron en el juego de los mantos y el del santero, á pesar de lo cual *el bobo* tuvo dichos y ocurrencias muy subidos de punto,—al fin en el juego de la zorra hubieron de asomar las orejas, no sólo en los nombres de los perros, que no son para dados á la estampa, sino en el aderezo con que aparecía la zorra, representada por un hombre desnudo hasta la cintura donde llevaba liada la camiseta, con las piernas al aire, y dos sombreros doblados, á manera de orejas, sujetos sobre los parietales, finalizando la fiesta con la relación de *El Paje de la llave*, mencionado en el texto, que fué con verdad cosa digna de ser presenciada, principalmente por el desacuerdo que existía entre los personajes de la fábula y los actores.

(1) Según se deduce de un curioso artículo que, bajo el título de *El año 1834 en Murcia*, publicó el Sr. Martínez Tornel en *El Album*, semanario que veía la luz en aquella localidad (Año II, n.º 27, correspondiente al 13 de Julio de 1877), entonces «el baile era obligado en todas las tertulias; todo el mundo danzaba,» bailando en las casas Julián Rodríguez y Micaela Cobos, quienes tenían establecida academia de su arte en la calle de San Juan n.º 1, cual anunciaba el *Boletín oficial* de 24 de Abril del año 1834 ya citado.»

en el cual, enarbolando los *plantones*, se apaga las luces y llueve sobre las circunstantes nube espesísima de golpes, siendo maravilla que no salga á relucir alguna navaja ó algún cuchillo, y que alguno ó algunos mozos no lleven para toda su vida señales de aquella fiesta, la cual no obstante, vuelve con iguales caracteres á reproducirse cuando la ocasión es llegada (1). No siempre en esta clase de *juegos* se deja todo á la inventiva de los actores, ni la farsa es fruto de la imaginación de aquella gente, cuyo único propósito es el de lucirse y divertir la concurrencia; sino que aprendiendo *relaciones* en verso, ya desglosadas de comedias de nuestro teatro antiguo, cosa que fué por extremo acostumbrada, ya de sainetes ú otras composiciones de índole parecida, de que proveían en abundancia las prensas cordobesas, grandes patrocinadoras de casos maravillosos, de trobas y de coplas, de romances y de cantares de todo género,—suelen también representarlas, figurando entre ellas *El Paje de la llave*, en la cual hace de dama un zagalón de quince años, largo como un varal, por bajo de cuyo guardapiés asoman los raídos pantalones, cruzado sobre el pecho un pañuelo de algodón, y otro á la cabeza, mientras calza los anchos pies, habituados al alpargate, con descotado zapato, hallado Dios sabe dónde. Aquellas ideas exageradas del honor, que fueron fuente de inspiración en Lope y en Calderón de la Barca, en Alarcón y en Rojas, tienen su representante en el hermano de la dama, gañán vestido con su traje propio, encasquetado el sombrero redondo, de ademanes rústicos, quien en lugar de desenvainar amenazador el acero que debe conservar puro y sin mancha el honor de la familia y de la

(1) La señal conocida para este desenlace, la da el *cantaor* cuando *echa el roque*, copla que dice textualmente:

Por allí viene Roque
por el cabezo,
con unos calzonazos
que mete miedo.

El primer golpe es para el candil, con lo cual, quedando á oscuras la sala, no hay quien no reciba *plantonazo*.

doncella, conforme á las palabras que pronuncia, levanta airado los robustos puños en ademán de descargar tremendo golpe, circunstancia que no produce asombro en los espectadores, familiarizados con tales libertades, pero que causa efecto singular en los profanos, como lo causa la monotonía de la entonación, el movimiento encogido de los brazos que alternativamente se apoyan sobre la región abdominal del actor, á guisa de aspas de molino que voltean acompasadas al impulso del viento.

Diversión es también inocente y propia de la huerta la de los bailes de las ánimas, que han cambiado algún tanto en nuestros días: «en éstos—dice un escritor,—hay á prevención pelucas, escofias, casacas, y otros muebles viejos y antiguos que toman alquilados los hermanos de las ánimas, que son los que dirigen el baile, y con el objeto de sacar dinero para la hermandad,... obligan á que baile una de las muchachas que se halla en él, con una escofia por ejemplo, y el novio *ofrece* el dinero de una misa para las ánimas por que no baile con ella; otro puja dos, y ó baila ridícula si no tiene *pecho* y *bolsillo* el novio, ó aumenta las misas... de las ánimas, quienes entonces ruegan indudablemente al Señor por que todos los novios sean *rumbosos*, ó tontos ó ricos...» «Rara vez concluyen bien estos bailes: una *patochá* de un huertano, una negativa de una huertana con novio, al sacarla á bailar (1), la que cree el que *la saca* hija de indicación de aquél, es bastante para que *enarboleen* todos los *plantones*, y caiga á hombre por *plantoná*, rompiéndose lo primero las guitarras y quedando convertido el lugar del regocijo y la fiesta en un verdadero campo de batalla» (2), que es en lo que vienen á concluir por lo común esta clase de diversiones en todas partes. Es en cada localidad la cofradía de las ánimas la

(1) Para invitar al baile una muchacha, el mozo que, entre las que asisten, ha escogido su pareja, la *echa la montera*, es decir, que se la quita enfrente de la elegida, haciéndola descansar en el regazo de ésta, con lo que le suplica que salga á bailar, y casi siempre y al momento es obedecida la invitación.

(2) ALARCÓN Y FERNÁNDEZ TRUJILLO, *El huertano de Murcia* (Sem. Pint. Esp., t. de 1845, págs. 114 y 115).

que, con el piadoso fin de allegar recursos para las misas, promueve, mantiene y alienta, lo mismo en el campo de Murcia que en los pueblos de la provincia, tales y tan paganos regocijos, de los cuales obtiene, relativamente, muy pingües rendimientos.

Á ella es, por ejemplo, debido el que aún, con valor y significación histórico-literarias semejantes á los de aquellos juegos populares que, trayendo su origen de la antigüedad, se habían perpetuado durante la Edad-Media, y entre los cuales figuraban, al decir de un escritor del siglo XVI (1), el de *la Maya* en las ciudades de Andalucía, con el de las *dances* en las aragonesas y otros; presentando no pequeños puntos de contacto con el juego de *el reinado*, «de que todavía se conserva en los pueblos del alto Aragón vivo recuerdo» (2),—en algunas poblaciones de la huerta y muy principalmente en el Palmar ó Lugar de don Juan, así llamado por haber pertenecido en el siglo XVI ó el XVII á don Juan Berástegui,—se guarde la tradicional fiesta de *los Reyes*, la cual ha de verificarse, como es natural, el día 6 de Enero de cada año. Prepárase con anticipación todo lo necesario, para lo cual la cofradía alquila en la guardarropía del teatro

(1) CARO, *Días lúdicos y geniales*.

(2) «Consistía (este juego) en el nombramiento anual de cinco personas principales para los cargos de *rey*, *reina*, *marqués*, *marquesa* y *capitán*, cargos á que iba aneja una representación privativa en la fiesta de los once santos patronos.» «Las funciones duraban tres días.» «En el de la víspera, el capitán, á la cabeza de mancebos aderezados con vistosos arreos, y seguido de dulzainas y tambores, acudía á la casa de los marqueses, de donde pasando con éstos á la de los reyes, reunidos todos iban á oír las vísperas á la iglesia.» «De allí tornaban á casa de los reyes y, dado por éstos un espléndido banquete, abrían después en la plaza bulliciosa danza, en que tomaba parte la muchedumbre, terminando con alegres cantos, hogueras y luminarias: repetíase en el segundo día la misma ceremonia para llevar los reyes á la iglesia; y, acabados los oficios, daban aquellos en su morada abundante festín á las familias más notables, cundiendo la alegría á la gente menuda que, obsequiada en igual forma que el día anterior, se entregaba al canto y baile en calles y plazas, mientras los convidados danzaban al són de variados instrumentos hasta las altas horas de la noche: en el último día, llamado aún de *la agüela*, eran nombrados el rey, la reina y los demás personajes que debían figurar en el año próximo, y acogida la elección con vivos cantos y aclamaciones, daba el marqués suntuoso convite á los relevados y á los nuevamente elegidos, con lo cual terminaba cada año tan característico juego» (AMADOR DE LOS RÍOS, *Historia crítica de la Lit. española*, t. VII, págs. 467 y 468, nota).

de Murcia los trajes con que han de aparecer vestidos los reyes; se trenza y engalana con cintas las crines y la cola de las jacas que aquellos deben montar, y todo prevenido, los cofrades que ya conocen por haber otros años desempeñado estos papeles, la relación que han de decir, se distribuyen los del rey Herodes, los de Melchor, Gaspar y Baltasar y los de los tres *escuderos* que llevan del diestro las cabalgaduras, bien aleccionado é impuesto el *zagal* encargado de representar el ángel. Con luengas barbas, tiznándose el rostro el que hace de Melchor y su escudero; dentelladas coronas de latón ó de papel dorado, sobre el abultado turbante en la cabeza, pendiendo á gala de ellas multitud de cintas de colores que caen y se derraman por los hombros; largas y anacrónicas vestiduras, especie de hopalandas abigarradas que cubren casi todo el cuerpo; dorados cetros en las manos y significativas copas con el oro, la mirra y el incienso; con extraña y corta vesta sobre los hombros y dejando al descubierto los calzones, como único arreo; y con sutil traje de malla que representa el desnudo, alitas de pluma á las espaldas, la estrella de cartón plateado sobre alto varal, en las manos, y principalmente imperial y abultada corona de hoja de lata sobre la cabeza,—aparecen respectivamente los reyes, los escuderos y el ángel, niño de tiernos años, que tiritaba espasmodizado por el frío penetrante de la mañana.

En el balcón de la casa principal del pueblo que da frente á la plaza, y con frecuencia en el edificio del Ayuntamiento, espera Herodes impasible la llegada de los reyes magos, quienes por varias y ya determinadas sendas, una al mediodía, otra á levante y otra á poniente, conducidas las jacas por los silenciosos escuderos ó volantes y al són, no grandemente agradable, de un clarinete y una flauta que tañen á conciencia y en su traje propio dos músicos,—asoman al fin entre las aclamaciones de la entusiasmada muchedumbre por la entrada del pueblo. En el Calvario del Palmar se halla el *ángel* á caballo, con la estrella, dirigiéndose hacia ella los reyes magos; pero se les pierde y

entran por las calles del pueblo en su busca, siendo recibidos por la muchedumbre que los vitorea. Á prevención y con acuerdo discretísimo, á la puerta de la iglesia está levantado provisional altar, adornado cuanto es posible, y destinado para la ceremonia. Llamados por Herodes, á quien parece sorprender aquel estruendo y quien les dirige su relación en verso y á veces se arrebató al punto de hacer pedazos el cetro de oro sobre los hierros del balcón,—acuden los reyes magos á la plaza, donde el pueblo entero se estrecha y se apiña con el afán de ver la fiesta y de no perder palabra de las que pronuncia Herodes, al encargar, lleno de destemplada cólera á aquellos monarcas, sus tributarios, vean si es cierto que se han cumplido las profecías y ha venido al mundo el Hijo del Omnipotente. Responden los reyes magos desde sus cabalgaduras, vistosamente enjaezadas, como queda dicho; y fingiendo salir del pueblo á cumplir las órdenes recibidas, son entonces guiados por el misterioso fulgor de la estrella que conduce el ángel, llegando en esta disposición á la iglesia, donde aquel les dirige los siguientes sacramentales endecasílabos, anunciándoles que el que ha nacido es el Hijo de Dios, Rey de Reyes:

«Oye, pueblo gentil, suspende el llanto:
deja ya de sentir, cese el quebranto;
convírtase la pena en alegría,
pues del claustro virgíneo de María
el de nueva salud Autor divino,
ha nacido á enseñaros el camino», etc.

Con esto, y dada principio la misa, los monarcas tributarios de Herodes se arrodillan delante del altar, depositando antes en él sus presentes respectivos, y verifican la Adoración, entre el aplauso del pueblo que presencia tales ceremonias (1).

(1) Aunque con algunas variaciones, la relación de esta fiesta forma parte de *La infancia de Jesucristo*, poema dramático dividido en doce coloquios, escrito por D. Gaspar Fernández y Ávila y reimpresso en Murcia el pasado año de 1877. Los trajes usados en esta fiesta, que se celebra en el Palmar desde 1720, son:

Terminadas éstas, mientras se arman al compás de la indigesta música, bulliciosos bailes en la plaza,—los reyes llevan el ángel á las principales casas del Lugar, para que diga la relación, siendo obsequiado el niño con dulces, dineros y otros halagos de esta especie, celebrándose después abundante convite en la casa del mayordomo de la Cofradía, ocasión en la cual, y depositadas las coronas sobre el altar, se prepara el baile de la tarde, en honor y provecho de las ánimas. Las mozas esperan en sus casas palpitantes de emoción este momento, para ellas lleno de importancia, pues entonces da comienzo la puja, ofreciendo un mozo cierto número de misas porque fulana baile con la corona del ángel ó de tal rey; otro, mayor número, porque no baile, y así sucesivamente, siendo considerado como el más expresivo testimonio de cariño, el que el novio consiga que su novia baile con la monumental corona del ángel sobre la cabeza, para lo cual, el que lo ha logrado á expensas de su bolsillo y de su rumbo, se apodera de la corona y la lleva á la casa de la señora de sus pensamientos, quien entonces, con la majestad más cómica y el aire de importancia más grande, sale á la plaza y baila pavoneándose orgullosa con aquel extraño tocado, que forma singular contraste con el atavío de la persona (1).

Herodes, túnico talar, corona y espada; el rey Baltasar vestido de moro con capa, turbante y media luna; Gaspar y Melchor, corona y capa, cuyas capas son blanca, verde y colorada respectivamente; llevan pantalón largo y ancho del mismo color que la capa, y petos de igual color, bordados de lentejuelas.

(1) Refiere la *Crónica del Condestable don Miguel Lucas de Iranzu* que, para celebrar esta misma fiesta de los tres reyes magos en Jaén el año de 1462 el Condestable, con dos de sus pajes, habíase muy ricamente vestido, mostrando todos en las cabezas coronas muy bien labradas, y cubriendo el rostro de falsos visajes; así llegaron á su palacio, y «desque ovieron cenado y levantaron las mesas, entró en la sala una dueña cavallera en un asnitó sardesco, con un niño en los brazos, que representaba ser nuestra Señora la Virgen María, con el su bendito y glorioso hijo, y con ella Joseph.» «Y en modo de gran devoción, el dicho señor Condestable la rescibió y la subió arriba á el asiento do estaba... y salió de la cámara con los pajes muy bien vestidos, con visajes y sus coronas en las cabezas, á la manera de los tres reyes magos, y sendas copas en las manos con sus presentes.» «Y asimismo vinieron por la sala adelante muy mucho paso y con muy gentil contenencia, mirando el estrella que los guiaba, la qual iba por un cordel, que en la dicha sala estaba, y así llegaron al cabo de ella, do la Virgen con su hijo (y Joseph) estaba, y

No otro que el provecho de las ánimas es el fin de la fiesta de *los santos Inocentes*, que se celebra en casi todos los pueblos de la provincia y principalmente en el mismo campo de Murcia: la víspera, los *inocentes*, grotescamente vestidos, ora con trajes cada una de cuyas piezas lleva distintos colores, ora envueltos en pañuelos de Manila y con sartas de flores de maíz en el cuello y en la cabeza, como adorno,—recorren el lugar ó el caserío, reuniendo los presentes que reciben para la rifa del siguiente día, en el cual, en unos puntos, antes de comenzar la misa, el más desembarazado y decididor de los *inocentes*, sube al púlpito en la iglesia y desde allí saca á relucir la chismografía de la localidad, descubriendo á las veces los más recónditos secretos, entre *asnerías* y ocurrencias de todo género; luego, como sucede en los pueblos de lo que en Murcia llaman *campo*, los *inocentes* se apoderan del misal, que está preparado sobre el ara, y lo ocultan bajo las sayas de una de las mozas que asisten arrodilladas á la iglesia, de modo que cuando el sacerdote sale á oficiar, pregunta por el misal, diciéndoles que le busquen; y entonces... oh, entonces, con la mayor inocencia y fingiendo buscar el libro, levantan con mayor ó menor discreción, pero siempre con la más grande irreverencia, las faldas de las mujeres, hasta dar con el libro, que colocan sobre el altar, dando comienzo el santo sacrificio. Á gran gala y honra es tenido por el novio el que los *inocentes* oculten el misal bajo las faldas de la moza á quien requiebra, pues con gallardía y rumbo deposita el valor de tantas misas para las ánimas, siendo verdaderamente obsequio digno de agradecer la preferencia. En otras partes la irreverencia llega con toda candidez, si tal puede decirse, al extremo de que uno de los *inocentes*, cubierto con ridículo ropaje y remedando al sacerdote, se coloque detrás de éste en la misa, imite todos sus movimientos, y en el solemne momento de consu-

ofrecieron sus presentes con muy grandes estruendos de trompetas y atabales, y otros instrumentos,» etc. (*Memorial histórico español*, tomo VIII, págs. 75 y 76).

mir, al tiempo de levantar el cáliz el ministro, levante él y consuma en una bota, repleta de zumo de mosto, produciéndose entre los asistentes barullo y risotadas impropias de aquella ocasión y de aquel sitio (1).

Cerrando la puerta de la iglesia y dejando sólo un postigui-
llo abierto, dos *inocentes*, colocados de propósito en tal paraje, no dejan salir ninguno de los asistentes sin que dé limosna para las ánimas; y á la tarde, colocado todo cuanto se recogió en el día precedente sobre un altar levantado fuera de la iglesia ó de la ermita, se celebra la *rifa* en condiciones análogas á la de los *reyes*, pujándose los dones que consisten en peras, manzanas, granadas, naranjas, corazones de mazapán, tortas, rosquillas, pájaros y otras cosas por el mismo estilo, ofreciendo misas porque fulana baile con fulano, lo cual exaspera al novio, quien da más cantidad porque no baile, etc., etc. (2), y concluyendo el baile como el rosario de la Aurora.

(1) Tanto una como otra costumbre, merecedoras ambas de censura, debían ciertamente desaparecer por decoro; pero en balde ha sido la oposición que algunos sacerdotes han hecho para impedir, so color de inocencia, la profanación del templo. La tradición, bárbaramente degenerada, se ha impuesto siempre avasalladora, porque sin tales demostraciones perdían mucho las ánimas.

(2) Comunes estas *rifas* en los pueblos andaluces, han sido magistralmente descritas y pintadas por don Pedro Antonio de Alarcón en su interesante novela *El Niño de la bola*. Por lo que hace á las fiestas de la Natividad y de los Reyes, deber nuestro es reparar que no son sólo propias de la huerta y del campo de Murcia, ni privativas de España: en Francia existieron también, y demás de la leyenda del *Buen labrador*, no desconocida entre nosotros, verificábanse otras fiestas, en celebración del día de los Reyes. M. Amadeo de Ponthieu en un curioso trabajo con el título de *L'Épiphanie et ses légendes* publicado en *L'International* de París, correspondiente á los días 8 y 9 de Enero de 1865, recuerda que «en 1468, le lendemain des Rois, les écoliers élurent à Paris un roi qu'ils appelèrent *Le roi des Fous*.» «*Cette fête*—prosigue—*avait lieu dans l'église. Les prêtres, les diacres, sous-diacres et enfants de chœur, en habil de mascarade, et le visage tout barbouillé, assistaient à la messe qui disait le roi des fous, habillé en pape.* Les vêtements des femmes étaient étranges, diaboliques, et les chants obscènes. On encensait le roi des fous avec du fumier et des morceaux de vieilles savates brûlés dans les encensoirs. Pour compléter cette fête de la folie, on adressait un cantique à l'âne, qui était amené solennellement au milieu du chœur revêtu d'une chape.» «Voici,—añade,—le premier couplet du cantique que l'on chantait en cette occasion:

»Orientibus partibus
adventavit asinus

De tiempo antiguo, y seguramente desde poco después de la expulsión de los moriscos, como prueba de *cristiano viejo* sin duda, el labrador tiene á gala, en los días de *Semana Santa*, el contribuir con su presencia á la mayor autoridad de las procesiones. Hay en las familias de los huertanos, como cargo hereditario, el de *llevar los pasos*, teniendo para ello, según la cofradía á que pertenece, su correspondiente traje de *nazareno*, el cual consiste en un sayo de color azul, para el domingo de Ramos, rojo, para el miércoles santo, y morado para el jueves, y su correspondiente coraza de igual color; sujeto el sayo á la cintura, gala es también del labrador soltero henchirla de cartuchos de caramelos, que distribuye entre sus conocidas y con que principalmente obsequia á su dama, sirviendo tal demostración muchas veces como de declaración amorosa. Lleva el alpargate nuevo, y reemplaza las usuales calzas entonces, por caladas medias, cuyas labores de aguja procura hacer resaltar con cintas de colores, y en tal disposición, *lleva los pasos*, ayudado de su muletilla, caminando delante, y también vestidos de nazarenos los niños, quienes con su muletilla en las manos, acre-

pulcher et fortissimus,
sarcinis aptissimus.
Hé! sire âne, hé!

»Chaque couplet se terminait par :

Hé! sire âne, hé!

»Dans les *Curiosités théologiques*,—continúa,—on lit: «A Beauvais, le jour des Rois, on représentait la fuite en Égypte. Une jeune fille tenant un enfant entre ses bras était placée sur un âne pompeusement enharnaché, et conduite en triomphe de la cathédrale à l'église Saint-Etienne.» «Elle entra dans le chœur avec sa monture et se plaçait du côté de l'Évangile.» «On commençait ensuite la grand-messe.» «L'Introit, le Kyrie, le *Glorie in excelsis*, le *Credo*, étaient terminés par le cri del âne *hin han, hin han!*» On lit même dans les rubriques manuscrites de cette fête, qu'à la fin de la messe, le prêtre, se tournant vers le peuple, au lieu de dire, *Ite, missa est*, devait crier trois fois: *hin han*; et le peuple, au lieu de répondre *Deo gratias*, devait répéter trois fois le même cri.» «C'étaient,—dice M. Ponthieu,—assurément la folie et le burlesque poussés à leur dernière limite,» añadiendo: «Au sortir de l'église, les fous masqués s'ébattaient dans les rues de Paris.» «Ils y firent un tal scandale, qu'on fut obligé de les interdire...» advirtiendo que «on dit même que cette coutume remonte aux Grecs et aux Romains.»

ditan el derecho á llevar en su día y cuando sean hombres el mismo paso, detrás de cada uno de los cuales, cumpliendo piasas penitencias, marchan en dos filas á uno y otro lado y con iguales trajes, aunque con los pies desnudos para mayor mortificación, labradores y labradoras con pesadas cruces de madera sobre los hombros. Otros hay que acompañan vestidos á la romana los pasos, haciendo evoluciones vistosas en la *Plaza de Palacio* delante de la Catedral, llevando como guía el estandarte de veludillo carmesí con su indispensable S. P. Q. R. y sus trompetas, y caminando con gran prosopopeya. Costumbre es también en este tiempo santo, la de vestir de nazarenos y de *Niños Jesús* las criaturas, las cuales en brazos de sus niñeras ó en grupo, van detrás de los pasos, con gran regocijo de las madres, quienes han puesto todo esmero en que sus hijos vayan lo más lujosamente posible ataviados con aquel extraño hábito. Otra cofradía, la de los *nazarenos negros*, en el Santo entierro, discurre ya de noche por la población, haciendo en tal traje recordar las fiestas celebradas durante el siglo xvii y el último por la Inquisición y las comunidades religiosas.

Las bodas y *tornabodas* son también ocasión y motivo de fiestas, á que tan inclinados se muestran los habitantes de la huerta de Murcia, siendo ciertamente dignas de ser conocidas las circunstancias todas que preceden al matrimonio. Por de contado, no hay mozo que no tenga necesariamente su novia: la ha visto, ha sentido inflamado el corazón, y como desea trabar relaciones con ella y para esto necesita hablarla, á fin de conseguir su intento, busca los medios afanoso de entrar en la *barraca* para declararle su atrevido pensamiento. No tiene para ello sin embargo que poner imaginación, pues llegando á la puerta de la barraca, donde vive su tormento, bástale, sin trasponer el dintel, con decir solamente: — *Dios guarde!* Pronunciada tal salutación, *pasa alante*, — le contestan de adentro; y dirigiéndose al jarrero, echa allí entonces largo trago al aire, limpiando después los labios con el envés de la mano, y afectando indiferencia. Si los

padres de la muchacha, que ya están al tanto, son gustosos en el noviazgo por convenirles, invitan al mancebo para que tome asiento, cual verifica éste sin más ceremonias, ocupando la silla inmediata á la de la moza á quien pretende. Si por el contrario, los padres no dicen nada, por no creer el novio bueno para su hija, el pretendiente, después de beber el agua, marcha cabizbajo y triste, herido por la repulsa y pensando en el desquite.

Suele ocurrir que aceptado por los padres, la muchacha *le dé torta ó calabazas*; pero en caso contrario, y declaradas oficialmente las relaciones, el huertano va á verla «de quince en quince días ó cosa tal; pero no importa; ellos se quieren así mismo, y ni se hacen traición ni saben qué es eso... como no vaya el *señorico* á la *barraca*, cosa que suele hacer las más tardes.» Los domingos ó días de fiesta, después de oída en la Catedral la misa, y luego de comer, va el mozo á casa de la novia; se sienta á su lado, «sin más que decir á los padres y demás personas que están con ellos, *güenas tardes*, y con la *montera* y la *manta* y el *palo* encima: suelen estar juntos *mano á mano*, tres, cuatro ó más horas, pero hablan media docena de palabras cada media, si llegan; ella mira al suelo, se compone los alfileres del pañuelo, y alguna vez ojea al novio, el que por su parte, está con su palo monstruo haciendo un hoyo en el suelo, muy capaz sin dificultad, durante las tres ó cuatro horas, de *plantar* en él un *llorón* joven, una *morera* ó unas *parras*» (1). Reúnese poco á poco gente, se baila, se murmura, y así pasan los días, sin más conversación aparente, hasta que llega aquel en que el padre del novio va oficialmente á la barraca de la novia y solicita la mano de ésta para el mozo. Conformes los padres, llámase á la muchacha, que aparece ruborosa: impónela el futuro suegro en el paso que ha dado y que de sobra ella sabe, y en la aquiescencia de los padres; y sin más rodeos se entra en la cuestión metálica,

(1) ALARCÓN FERNÁNDEZ TRUJILLO, *art. cit.* — En el campo de Murcia, la novia sale de la barraca para hablar con su amante.